

## TRIBUNA ABIERTA

## De casta y casticismos



POR ANTONIO  
NARBÓN

Lo que se tiene por *castizo* es la locuacidad y facundia de los andaluces, que a no pocos escritores ha atraído, por considerarla manifestación de su dulzura y gracia

**C**UANDO Podemos irrumpió en el panorama político español, sus líderes declararon de inmediato estar al lado de la *gente*, frente a la *casta* (política). Como todo ha sucedido casi a la velocidad del rayo, no tardaron en dejar de usar el segundo término, con lo que se esfumó también la confrontación léxica con el primero.

La palabra *casta*, de etimología no bien conocida (posiblemente de origen gótico), no se aplicó específicamente para los seres humanos; de hecho, el adjetivo *castizo* aparece en nuestra lengua para designar a unos caballos procreadores de «potros especialmente indómitos». Con referencia a las personas, lejos de oponerse, venía a utilizarse casi como sinónimo de *gente* (del latín GENS), de modo que ambos podían servir para 'linaje, familia, raza, especie, género'. La inclinación a igualar este último con 'pueblo' favoreció la especialización de *casta* como grupo que se considera superior y que, para mantener la supremacía, decide mantenerse puro, sin mezcla (caso paradigmático, el de las castas de la India). A la(s) *gente(s)*, en cambio, nada preocupa la *pureza*, por más que llegue a plasmarse como virtud, *castidad* (del adjetivo *casto*), que los miembros de ciertas comunidades religiosas prometen cumplir de por vida como uno de sus *votos*.

Los usos y costumbres regionales o comarcales a que se alude con *casticismo* (o con el adjetivo *casticista*) no suelen ser, sin embargo, los de clase privilegiada alguna ni, por supuesto, de la élite destinada a regir los destinos de los ciudadanos.

Y en el ámbito idiomático, a lo que se opone es al *purismo*; y los *puristas*, ya se sabe, están en contra de toda expresión o giro que no se encuadre dentro de lo estándar o normativo. De manera que las variedades 'castizas', lejos de ser propias de alguna(s) *casta(s)*, han acabado por serlo del habla popular de la *gente* corriente.

¡Cómo extrañarse de que los juicios sean dispares e incluso suelen incurrir en la contradicción! Entre el aprecio desmedido y la inquina desafiada apenas queda espacio para posiciones no extremas, el ansiado 'punto medio'. Y, lo que es peor, ni siquiera se plantea su evaluación en función de la adecuación de la actuación lingüística a las circunstancias de la situación; una expresión tan *castiza* como '¡coño!' puede encajar muy bien en un acto comunicativo y ser rechazable en otro.

Pero ¿qué se entiende por *casticismo*? Miremos a Andalucía. Más que ciertos rasgos fonéticos, como el relajamiento elocutivo que lleva a 'comerse sonidos [letras, no]' o a pronunciar *arcachofa*, que siempre han tenido sus detractores, tanto fuera (el madrileño Semprún considerana que Alfonso

Guerra, «con su pronunciado acento andaluz, lacera las palabras del castellano») como dentro de la región, lo que se tiene por *castizo* es la locuacidad y facundia de los andaluces, que a no pocos escritores ha atraído, por considerarla manifestación de su dulzura y gracia.

Ya en el siglo XVII, escribe el murciano Ambrosio de Salazar que le «agrada mucho más la lengua andaluz [sic] que ninguna otra» por ser «más delicada, más fácil, dulce y de mejor pronunciación», y el aragonés Baltasar Gracián ensalza a los «buenos decidores» sevillanos. Para A. Palacio Valdés, a caballo entre los siglos XIX y XX, el andaluz es «dulce y salado» a la vez.

Aunque hay no pocos escritores andaluces que son del mismo parecer, Antonio Machado —que, como es sabido, era *seseante* y jugaba con los sufijos al calificar a sus alumnos con un *aprobao*, un *aprobaiyo* o un *aprobate*— «no podía soportar a los castizos de su propia tierra» (a los de Valladolid «mucho menos»), en los que no veía más que charlatanería hueca y fastidiosa prolijidad. Y de su antipatía, casi animadversión, no se salvaba ni lo que —como sostiene el gran filólogo R. Lapesa— más opone el habla andaluza a la castellana: «la entonación, más variada y ágil; el ritmo, más rápido y vivaz», además de la articulación «más relajada».



ABC

Nada tiene que ver esta actitud *anticasticista* del poeta con la cambiante de algunos representantes del *pueblo*. Su inicial «enfrentamiento» a la *clase* política, a la que tildaban de elitista, desaparece en cuanto se accede a ella, hasta el punto de que no dudan en adoptar una posición excluyente respecto de otras «castas», con las que no se mezclan ni están dispuestos a colaborar bajo ningún concepto. Lo que lleva a Machado a huir de los particularismos (sin 'condenarlos') es su aspiración a lograr un lenguaje universal (que permanece), y ¡vaya si lo consiguió!

No reprueba los *casticismos*, aunque esté en contra de los muy marcados, simplemente lucha por superar el mutilador ombliguismo de las limitadas anteojeras regionalistas y localistas. Desde luego, usos *casticistas* —andaluces o no— que en determinadas situaciones pueden estar justificados, e incluso resultar eficaces, en su poesía no podían encontrar acomodo. Eso es todo.

ANTONIO NARBÓN ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA